Domingo tercero de Pascua (A) : SE LES ABRIERON LOS OJOS Y LO RECONOCIERON

Felipe Fernández Caballero

MENSAJE CENTRAL

Cristo es reconocido en la comunidad que se reúne para meditar la Escritura y compartir el Pan. Es aquel Nazareno cuya muerte y resurrección relata Pedro, el Cordero que nos rescata con su sangre, el objeto de nuestra fe y de la fe de la Iglesia

LA FE DE LA IGLESIA

El Banquete del Señor:

"He aquí el mismo dinamismo del banquete pascual de Jesús resucitado con sus discípulos: en el camino les explicaba las Escrituras, luego, sentándose a la mesa con ellos, ``tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio'" (CEC 1347).

"En este gesto (la fracción del pan) los discípulos lo reconocerán después de su resurrección (Lc 24,13-35), y con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas" (CEC 1329).

LECTURAS

1. No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio
Hch 2, 14.22-28

Los cristianos comienzan proclamando valientemente su fe en Jesucristo: *"No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio". Si el destino del hombre era la muerte, por Cristo la muerte ha sido destruida.*

Lucas relata el acontecimiento central de los Hechos: Pentecostés o el nacimiento de la Iglesia Llegamos a la parte más importante de la narración, que interpreta a través de las palabras de Pedro todo lo que está sucediendo.

¿Se trata del mismo Pedro que conocimos en el evangelio? No. Audacia y atrevimiento serían las palabras para describir al nuevo Pedro que surge de la experiencia de Pentecostés. Habla con autoridad. Como los antiguos profetas, asume el papel de jefe del nuevo pueblo de Dios que acaba de nacer, y sus palabras abren el tiempo del testimonio que ha de recorrer el mundo.

Su mensaje es de denuncia y esperanza. Les dice que se está cumpliendo lo que los profetas anunciaron para el final de los tiempos: «derramaré mi Espíritu sobre todos: vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños» (17) y «todos los que invoquen el nombre del Señor se salvarán» (21).

A continuación presenta al que ha abierto las puertas a la presencia y poder del Espíritu: Jesús de Nazaret a quien « lo crucificasteis... y le disteis muerte... pero Dios lo resucitó» (23s), y «exaltado a la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado. Es lo que estáis viendo y oyendo» (33). «Dios lo ha nombrado Señor y Mesías» (36).

Los versículos 22-24, prototipo de kerigma apostólico, contienen expresiones propias de la cristología más antigua: se habla en ella de Jesús como del «hombre a quien Dios acreditó»; y se muestra que la cruz, que escandalizó a todos los apóstoles, formaba parte de un sabio designio de Dios. Al kerigma sigue el testimonio de las Escrituras, que sólo a la luz del misterio pascual son plenamente comprensibles. Aparece aquí el eco de la palabras de Jesús a los discípulos de Emaús.

Los apóstoles, en virtud del Espíritu derramado sobre ellos, son testigos de la resurrección de Cristo y la anuncian con claridad a Israel y hasta los confines de la tierra-

2. Habéis sido redimidos con la sangre de Cristo
1Pe 1,17-21

San Pedro, en el primero de los "discursos misioneros" narra los acontecimientos esenciales de la fe cristiana y hace un llamamiento a la conversión.

La primera carta de Pedro, desde sus comienzos, exhorta a los fieles a considerar la gracia de la regeneración llevada a cabo por el Padre, a través de Cristo, por el Espíritu. La santidad a la que invita a los fieles es de orden puramente teologal, la santidad de los hijos de Dios.

– *"Si podéis llamar Padre..."* La evocación de la santidad de Dios hace pensar en el «Santificado sea tu nombre». Tendríamos aquí entonces una alusión al Padrenuestro. Proclamado Padre de nuestro Señor Jesús el mesías (1, 3).

– *"Al que juzga a cada uno según sus obras, sin parcialidad"* ... Dios es el juez imparcial al que hay que servir «con temor». Estas palabras nos suenan mal hoy y nos parecen remitir a una religión del miedo. Pero el temor de Dios va acompañado del amor (por ejemplo en Dt 6, 1-5), mientras que en el Nuevo Testamento el amor de Dios no tiene nada que ver con una indulgencia ciega. Porque Dios nos ama, nos trata como hijos responsables y apela a nuestra generosidad.

–*"Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres"*. El verbo que se utiliza en griego, y que significa propiamente pagar el rescate por la liberación de un prisionero o el precio por la compra de un esclavo, en los Setenta traduce regularmente un verbo hebreo que significa intervenir como pariente cercano en determinadas ocasiones. Como goel de Israel, Dios interviene sin mérito alguno por parte de aquel pueblo infiel, pero lo hace tan sólo por fidelidad

a sí mismo. La gratuidad de semejante intervención queda bien subrayada en un texto que sirve de inspiración a Pedro: «De balde os vendieron, y sin pagar os rescataré» (Is 52, 3).

–*"No con bienes efímeros sino a precio de la sangre de Cristo"*. No se trata de ver en la sangre de Cristo una especie de rescate pagado a la justicia de Dios. El derramamiento de sangre manifiesta la seriedad del amor redentor. Reconozcámoslo, Pedro no desarrolla la teología de la redención, como lo hace Pablo al invitarnos a ver allí la señal suprema del amor de Dios (por ejemplo en Rom 5, 8; 8, 31-37). Pedro se contenta con desarrollar la tipología del éxodo. Era importante destacar que allí están presentes las nociones de gratuidad y de vínculo de alianza.

Cordero sin defecto previsto antes de la creación del mundo". Este texto parece aludir al sacrificio de Isaac, que se conmemoraba en la noche de pascua. En el judaísmo, el sacrificio del carnero y por extensión el de los corderos en el holocausto cotidiano y en la pascua había llegado a recordar el sacrificio de Isaac. Pedro parece inspirarse en estas ideas midrásicas y presentar así a Cristo como el verdadero Isaac, el hijo único de la promesa.

–*"Por Cristo vosotros creéis en Dios que lo resucitó y le dio gloria".* Puede comprarse este texto con Rom 10, 9s*.* La fe recae en la intervención de Dios que salvó de la muerte a Jesús (nuevo Isaac) y lo asoció plenamente a su gloria. También nuestra esperanza puede dirigirse hacia Dios que nos hará compartir la gloria de su Hijo (cf. 5,1) si nosotros seguimos el camino por donde él pasó.

Evangelio. Lo reconocieron al partir el pan
Lc 24, 13-35

El desánimo de los que caminan hacia Emaús es la muestra de lo que les ocurría a todos los discípulos. Se movían en otra onda distinta a la de Jesús. Antes habían oído pero no escuchado; habían visto signos, pero no habían creído. Ahora, "al partir el pan" le reconocen. Han empezado a mirar con los ojos de la fe; a escuchar la Palabra y no sólo a oírla.

El relato de Lucas representa un claro ejemplo de cómo el encuentro con Jesús transforma a las personas.

Los discípulos han hecho un camino con Jesús; pero, mientras el camino de Jesús tiene por meta final llevar a cumplimiento el designio salvífico del Padre, el camino de los discípulos termina en decepción, tristeza y frustración, «esperábamos que él fuera el liberador de Israel» (v 21); la vida, pasión, muerte y resurrección del Maestro todavía no son una alternativa de camino para el discípulo (vv 19s.22-24).

Éste es el momento propicio que aprovecha el Resucitado para comenzar a rectificar el camino del discípulo, y lo hace a partir de dos elementos:

El primero tiene su fundamento en la Escritura, por eso parte de ella y la

explica punto por punto, hasta que ellos la entienden. Los profetas, les declara el resucitado, han anunciado que el Cristo tenía que padecer y sufrir antes de entrar en su gloria. Observemos cómo va progresando el relato:

- (vv 15-16) Jesús se acerca y empieza a caminar con los discípulos; sus ojos estaban incapacitados para reconocerlo .

-(vv 19-24) Jesús ilumina los sucesos que han ocurrido durante la pasión y que le han referido los dos discípulos , interpretándolos por medio de las escrituras (vv 25-27). El corazón de los discípulos se enardece (v 32).

-(vv 30-31) Jesús realiza los gestos de la fracción del pan. Entonces lo reconocen, pero desaparece

La presencia 'física' de Jesús es entonces inversamente proporcional a su reconocimiento, hasta tal punto que le reconocen precisamente... cuando desaparece (!). Pero a partir de aquella ocasión se da la mediación de los signos: el del pan, por el que se reconoce a Jesús; el de la escritura, que prepara el reconocimiento final y hace arder el corazón de los discípulos.

El segundo elemento es, ya lo hemos visto, la parte vivencial de la Escritura que ya Jesús había puesto en práctica a lo largo su vida y que quiso simbolizar con el gesto del compartir la mesa; aquí la comparte con dos de los discípulos, durante su vida la compartió con toda clase de hombres y mujeres.

Con toda seguridad, en cada ocasión tuvo que haber realizado algún signo, alguna palabra, que de un modo u otro le daba al compartir la mesa una dimensión nueva que iba más allá del simple gesto de comer juntos; pues bien, eso es lo que ahora «abre» los ojos de los discípulos; lo reconocen y ahora sí manifiestan lo que producía en ellos la explicación de la Escritura: el ardor, la fuerza de la gracia; necesitaban ver también el signo de la "fracción del pan" para ahora sí entenderlo y salir corriendo a contarlo a los demás.

HOMILÍA

Jesús, después de su resurrección, asegura a su Iglesia: "Mirad, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Cuando la Iglesia apostólica se reúne para la oración y el culto tiene la convicción de que el Resucitado está presente. En él tiene la Iglesia su fundamento; su predicación tiene confirmación; su culto, contenido. Todos estos motivos resuenan en la más bella y más impresionante de las narraciones pascuales que nos legó Lucas en el relato evangélico que acabamos de escuchar.

1. Nos presenta a dos discípulos desconocidos que han perdido la fe en Jesús por el escándalo de la cruz. Su pensar, sus palabras, sus discusiones giran en torno a Él. Jesús, que los sigue sin hacerse notar, los alcanza y camina con ellos. Todo el evangelio de Lucas ha mostrado a Jesús como un caminante. La Iglesia es Iglesia en marcha, Iglesia peregrinante, y Jesús camina con ella.

Los dos discípulos no reconocen a Jesús. Es un don de Dios que el Resucitado se aparezca a un hombre y se haga visible, pues su vida no es una

prolongación de su existencia terrena; y es también gracia suya que el aparecido y hecho visible sea reconocido como Jesús resucitado.

En el semblante triste de los dos caminantes se revela la esperanza decepcionada, el desconcierto y la tristeza; tal era el estado de ánimo que el viernes santo había causado en aquellos discípulos estremecidos. En las palabras de Cleofás, que lleva el peso de la conversación, se diseña la imagen que tenían del Jesús de Nazaret anterior a la pascua: “Era poderoso en obras y palabras”. Pero que el que consideraban como el Mesías hubiera acabado su vida en la cruz, contradecía todas sus expectativas mesiánicas. ¿Cómo iba a salvar a Israel de las manos de sus enemigos, si él mismo sucumbió a sus manos?

Los dos discípulos conocen el mensaje de la resurrección de Jesús. Saben, por su predicación, que al tercer día había de resucitar. Han visto el sepulcro vacío. Todo esto no bastaba para convencerlos. A él no lo han visto. Jesús camina con ellos y no lo reconocen.

2. ¿Cómo se llega a la fe en la Resurrección de Jesucristo, la fe en que vive y está con nosotros? La fe pascual exige que el corazón se abra incondicionalmente a Dios y a su Palabra. Así lo manifiesta al propio Jesús:

“Entonces les dijo él: ¡Oh, torpes y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera esas cosas para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés, y continuando por todos los profetas, les fue interpretando todos los pasajes de la Escritura referentes a Él”

Según el designio de Dios, el camino de la glorificación del Mesías pasa por la pasión y la muerte. «Dios cumplió así lo que ya tenía anunciado por boca de todos los profetas: que su Mesías había de padecer» Este camino del Mesías hacia la gloria a través del sufrimiento es una necesidad impuesta por el plan de Dios, que abarca ambas cosas: para esta vida la cruz, para la otra la gloria.

Cristo entró en su gloria a través de la pasión. La gloria es poder divino, esplendor divino, modo divino de ser. Lo que en la transfiguración se hizo visible por breves momentos, lo ha recibido ahora Jesús para siempre por medio de su pasión. El Padre le ha otorgado esta gloria porque Él ha recorrido el camino del dolor. «Dios ha hecho Señor y Mesías a Jesús, a quien crucificaron los judíos», dice el libro de los Hechos.

El Resucitado interpreta a los discípulos la Escritura. En ella se habla abundantemente de él. De lo que habla la Sagrada Escritura es de Cristo, de su pasión y glorificación. La clave de la Sagrada Escritura es Cristo resucitado. Quien no conoce la Escritura no conoce a Cristo; quien no conoce a Cristo tampoco conoce la Escritura. Sólo quien se ha «convertido al Señor», quien capta con fe que Jesús de Nazaret es el Mesías e Hijo de Dios anunciado por Dios mismo, que es el Resucitado y glorificado, capta el sentido de las Escrituras.

“Cuando se acercaron a la aldea adonde iban, él hizo ademán de continuar

su camino adelante. Pero ellos lo obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque atardece y el día y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos".

3. Se ha alcanzado la meta de la marcha: la casa de uno de los dos discípulos. Jesús es invitado y rogado: quieren que se quede con ellos. El caminante que explica a los discípulos la Escritura y les descubre el misterio del Mesías doliente y glorificado, es recibido como huésped. "Y estando con ellos a la mesa, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Por fin se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. Entonces se dijeron el uno al otro: ¿Verdad que dentro de nosotros ardía nuestra corazón cuando nos venía hablando y nos explicaba las Escrituras?

Lo que aquella noche sucedió en Emaús pudo ser, considerado históricamente, una comida corriente. Lucas, sin embargo, lo sitúa en una perspectiva más alta. Lo pinta con los colores del banquete eucarístico. Tal como él entendió esta comida, «partir el pan» es para él celebrar la eucaristía. Las palabras de la celebración eucarística dan también la impronta a las palabras de la cena en Emaús: «Tomó el pan y, recitando la acción de gracias, lo partió y se lo dio.

El relato de los discípulos de Emaús contiene una verdad fundamental. La Sagrada Escritura da testimonio del Cristo resucitado, y la eucaristía ofrece al Resucitado mismo vivo y presente. La eucaristía es el gran signo de la resurrección del Señor, el signo en que se reconoce que el Señor vive y está presente. La eucaristía no es sólo memorial de la muerte del Señor, sino también memorial de la resurrección. La muerte y la resurrección están unidas entre sí inseparablemente. La celebración eucarística hace presente no sólo el sacrificio de la cruz, sino también la resurrección de aquel que vive para siempre. Es signo, por el que reconocemos: que Jesús resucitó verdaderamente. Mediante ella se obtiene la capacidad de reconocer al Señor.

Jesús camina muchas veces junto a nosotros como un desconocido y para reconocerlo tenemos que dejarnos guiar por su palabra leída muchas veces en la celebración de la Eucaristía. Entonces se abrirán nuestros ojos y le reconoceremos. Y nuestro corazón se llenará de alegría. Y nos convertiremos en sus testigos en Jerusalén, Samaría, Galilea y hasta los confines del orbe.